

Alicia Arévalo Torrillas

31 de agosto

Vivir en el pueblo me hizo temer que llegara demasiado pronto cada 31 de agosto. Era la fecha en la que un desfile de coches con ceño fruncido y bacas repletas de maletas ojeras dejaba atrás el verano en la montaña. Cada año se repetía la misma sensación de abandono que me provocaba el ver marchar a mis amigos a la ciudad. Ellos se despedían alegremente al pasar por la puerta de mi casa donde yo permanecía vigilante, y pocos instantes después, el trasiego de los motores se transformaba en una enorme y silenciosa nube de polvo. Dolía pensar que los estímulos de la vida urbana pronto les harían olvidar lo felices y libres que nos habíamos sentido todos juntos durante las tardes de baños y noches de serenatas. Sólo me calmaba la idea de que algún día sería yo la que partiría un 31 de agosto.

Esa misma fecha de 1999, yo observaba estoicamente el desfile, tratando de aceptar que, aunque ese año me hubiera tocado formar parte de él, el destino había fijado otros planes para mí. Mi proyecto universitario en la ciudad era papel mojado con el jarro de agua fría que supuso, unos meses antes, la repentina muerte de mi madre. La que también fuera mi profesora de Lengua y Literatura en el pequeño instituto del pueblo. A pesar de sus enormes dolores de cabeza, no faltó al compromiso de presidir nuestro acto de graduación de bachillerato, como así le habíamos pedido los pocos alumnos de esa promoción. Y al día siguiente, ya no despertó. Desde entonces, la luz y las ganas de hablar se fueron alejando poco a poco de mi padre, cuya única profesión y principal devoción había sido aprender de ella. La gente del pueblo decía que era un hombre un poco endeble, y que había llorado tanto que se le habían secado los ojos y su lengua se había convertido en una enorme piedra. La culpa no me permitió confesarle a nadie la condena que viví al tener que quedarme cuidando de él.

En los momentos más vulnerables caí rendida en los brazos de Miguel, el único chico que quedaba de mi quinta. No había tratado mucho con él. Siempre me había parecido un chico tosco y con falta de miras, pero era mi única compañía, bueno, hasta que Dña. Carmen llegó.

El calor del agosto de 1999 daba paso al olor a tierra mojada que traía septiembre y, con él, un nuevo curso escolar que ofrecía una vacante de Lengua y Literatura. El pueblo era un destino poco deseable para los profesores forasteros; había que conducir por tortuosas carreteras de montaña para llegar, y las fuertes nevadas de invierno lo dejaban completamente incomunicado. Excesivamente remoto para conciliar el trabajo con una vida personal en cualquier otro lugar.

Las habladurías de ese nuevo curso se centraron en Dña. Carmen. O como la llamaban en el pueblo, "la atea refugiada". Mujer de edad incierta, ya que despistaban las enormes gafas oscuras que posaban sobre sus mejillas como si fueran parte de su rostro. Por debajo de la ancha patilla derecha se adivinaba una especie de cicatriz. Siempre iba con jersey de cuello vuelto y cojeaba.

Miguel había insistido en que me dedicara a ayudar a su madre en las labores de limpieza que hacía por las diferentes instalaciones del pueblo. Asignándome a mí la más grande, el instituto. Del mismo modo, él se encargaba con su padre de los servicios de reparación y mantenimiento. Decía que, aunque no fuera un jornal completo, nos permitiría ir ahorrando para casarnos y tener hijos. Hoy no sé muy bien explicar lo que me empujó a aceptar la propuesta, simplemente sé que no fue casualidad. Y así es como volví al instituto del que me había despedido apenas cuatro

meses antes. Lugar que todavía rezumaba una ilusión que parecía ser parte de otra vida.

El trabajo era a turno partido, tenía que ir tres horas por la mañana y otras tres por la tarde, cuando las clases hubiesen terminado.

Mi primer día se desarrolló con normalidad. Era lunes y me encargaba de recoger los restos del recreo que quedaban en los pasillos, cuando vi que la puerta de la clase de Lengua y Literatura estaba entreabierta. No pude evitar la tentación de asomarme. Y ahí estaba Dña. Carmen, mucho más rejuvenecida, más enérgica, afanándose por hacer llegar a los alumnos sus ideas con fuertes ademanes. En su mano derecha portaba un libro de cuentos, e informaba de que cada viernes leerían uno en clase, y debatirían sobre sus ideas principales. La respuesta de los estudiantes siempre era un tanto burlesca, pero Dña. Carmen nunca cejó en su empeño por motivar. Mi sed de literatura me indicó que no faltaría a esa interesante cita cada viernes, aunque fuera detrás de la puerta. De ese modo, Dña. Carmen, sin saberlo, me hizo revivir las clases de mamá y aquellas tardes de frío en las que ella leía para papá y para mí.

Asistir a ese evento semanal retrasaba mis obligaciones de limpieza, y acababa terminando una hora más tarde. Además, al volver por la tarde, cuando ya no había nadie en el instituto, siempre aprovechaba para coger el libro del, otrora, aula de mi madre y leer el cuento semanal correspondiente (“Junto a la ventana”, “Fantasía de año Nuevo”, “Felisa”, etc...). Me quedaba un buen rato ensimismada en ese lugar, cuyos enormes ventanales a la montaña, me hacían sentir muy cerca del cielo. Eso provocó ciertas quejas que llegaran a oídos del propio Miguel.

El último viernes recuerdo escuchar la voz de Dña. Carmen especialmente entusiasmada presentando el cuento de “Gregorio Martín”. Tras la lectura, como solía acontecer, uno de los pupilos, con aire chulesco, replicó:

—Es una historia deprimente y estúpida. Todo el mundo sabe que cuando las personas enferman no tienen que ir a trabajar.

Seguidamente, otro reafirmaba la idea mientras se oían carcajadas en el aula. Dña. Carmen, tratando de reconducir la situación, cuestionó:

—¿Y qué me decís de “la Marijuana”, también consideráis que su personaje no es creíble?

A lo que, de repente, desde el otro lado de la puerta claramente pude distinguir un impetuoso: “*Esa mujer fue una fresca y no se merecía que la hubiesen dejado volver a su casa; tendría que haberse muerto mendigando*” y siguieron fuertes risas de todos los géneros.

—¡Sr. Gómez!, no le voy a consentir esas barbaridades en mi clase, salga inmediatamente y diríjase al Director —escuché a Dña. Carmen.

—A usted lo que le pasa es que ha sido otra “Marijuana”, si no, ¿de qué tiene usted esa cicatriz?, ¿y por qué no va ni un solo día a misa los domingos? —exclamó el chico mientras su voz se escuchaba más cerca de la puerta.

Un impulso de ira me llevó a irrumpir en el aula y propinarle una bofetada en la cara. Al momento reconocí al hijo del alcalde. El acto causó un enorme estupor y, seguidamente, tuve la certeza de que había metido la pata hasta el fondo. En todo el fragor de la batalla apareció el Director que, con su aire autoritario, impuso la calma y ordenó que, tanto Dña. Carmen como yo, fuéramos a su despacho.

Todavía siento impotencia al recordar aquella conversación en la que el Director invitaba a Dña. Carmen, en un tono de falsa preocupación, a renunciar a su puesto. Consideraba que sus circunstancias personales probablemente le habrían

dejado impedida para ejercer el trabajo de docente, y que ya bien merecía retirarse y descansar.

Dña. Carmen, sin replicar, se levantó de la silla y salió del despacho. Poco después, yo también me incorporé sin mediar palabra y me marché.

A la salida me esperaba Miguel en el coche, con la cara roja y completamente fuera de sí. Le dije que prefería dar un paseo para volver a casa y trató de forzarme para entrar en el coche, justo en el preciso instante en que Dña. Carmen abandonaba el instituto con una caja llena de libros. Al observar la escena, la soltó de inmediato para venir a defenderme. Los movimientos torpes y bruscos de Miguel acabaron tirando sus oscuras gafas, dejando al descubierto la enorme quemadura que deformaba por completo el lado derecho de su rostro. Así fue como las dos, mirándonos fijamente, comprendimos el sufrimiento de la otra, nos fundimos en un enorme abrazo y comenzamos a llorar. Ni siquiera recuerdo cómo ni cuándo se marchó Miguel, tampoco me importó. Después de varios meses, volví a sentirme protegida. Le rogué que no me dejara sola esa tarde, que me acompañara a casa. Así pasamos una larga tarde de conversación entre tazas de café y bizcochos de chocolate. Al conocer la historia de papá y tener delante su mirada perdida, con un nudo en la garganta, se arrodilló ante sus piernas y musitó entre sollozos:

—¡Cómo entiendo tu dolor! Al menos, tú has sabido escapar.

Desde ese instante supe con certeza que ella había perdido también a alguien muy querido. De forma espontánea, me acerqué a ella, y señalando su cicatriz, le pregunté:

—¿Fue un accidente?

Con los ojos encharcados en lágrimas, y como quien vuelve de un lugar lejano, me miró y me respondió mientras acariciaba sus heridas:

—No, fue un asesinato.

A pesar de mi persistencia para evitarlo, Dña. Carmen decidió que se marcharía del pueblo. Por dejarme más tranquila, me aseguró que en cuanto tuviera todo arreglado, volvería a tener noticias de ella. Me dejó dinero y me hizo prometerle que no volvería a ese trabajo y me alejaría de Miguel y su familia.

Así lo hice. Pasaron los días y Dña. Carmen no volvió a visitarnos, quise respetar su decisión, pero no pude evitar sentirme abandonada, una vez más. Un día escuché a unas vecinas comentar que había huido durante la penumbra.

Pocos días después, apareció una pareja de Guardias Civiles. Me dijeron que habían encontrado a Dña. Carmen muerta en su cama. Debía llevar varios días en ese estado y fueron los vecinos los que avisaron por notar el fuerte hedor. Nadie lo imaginaba. La encontraron abrazando una foto que posaba sobre su regazo, un bote de pastillas vacío y el libro de cuentos en cuya primera página figuraba mi nombre y la siguiente nota manuscrita: “*Te invito a que pases página, cruces la puerta y ocupes tu pupitre*”. Los guardias me informaron de que me había convertido en la única heredera de Dña. Carmen. Lo dejó todo muy bien preparado para que, por fin, no hubiese otro idéntico 31 de agosto. Y yo, sí que hui en la penumbra. La herencia de Dña. Carmen me permitió estudiar Filología Hispánica en una de las mejores universidades de la capital, y que papá estuviera a mi lado hasta el final de sus días, perfectamente atendido durante mis largas horas de estudio.

Actualmente imparto clases de Lengua y Literatura, como las dos grandes mujeres de mi vida, llevo bajo mi brazo derecho el libro de cuentos y utilizo como marca páginas la foto que se encontraron sobre el regazo de Dña. Carmen. En ella se la ve, sin quemaduras en el rostro y con la mirada iluminada, besando con pasión a la mujer que fue el gran amor de su vida. Algo que su exmarido no pudo soportar.

Alegó que las dos merecían ir al infierno y, en efecto, Dña. Carmen, como única superviviente de aquella tragedia, fue del infierno del que se vio obligada a escapar.